



SAN MARCOS

“Eran tiempos donde el cielo se leía en los surcos y no en los satélites, cuando creíamos ciegamente que el estruendo de un cencerro bastaba para doblegar al invierno”

El aire de abril aún conservaba el filo de una navaja, de esas que te cortan cuando menos te das cuenta, pero en vísperas de san Marcos en nuestros pechos ya se sentía el tintineo y estruendo del día del santo. Antes de que el sol terminara de desperezarse, el ritual comenzaba en la penumbra de las casas, antes de que tus padres se despertaran, o al menos eso creías tú, —*Muchacho, ande vas tan temprano*— decía tu madre. Subíamos a las cámaras, donde el polvo bailaba en haces de luz tras alguna cuerda de uvas pasas, o bajábamos al calor húmedo de las cuadras, removiendo aperos viejos olvidados entre gavillas desordenadas. Allí estaban ellos, esperando, en los sitios más recónditos, collarones de cascabeles, campanillas y cencerros de latón. Allí estaban mudos desde el último pastoreo de la cabra de la vez, la que dio leche a todos los de la familia, aguardando que unas manos pequeñas les devolvieran la voz callada tras el paso del invierno.

Era la mañana de san Marcos, y la misión era sagrada, había que espantar los últimos temporales del invierno y sobre todo aquel frío terco que se agarraba a los sembrados, y nosotros, párvulos crédulos, pensábamos, o al menos eso nos hacían creer, que la primavera caprichosa necesitaba un estrépito de hierro a base del sonar de los metales para hacerla despertar.

La procesión se formaba desde la iglesia, presidida por el estandarte del santo del día. Subíamos por la calle de las Almenas. Delante la Cruz de guía y dos monaguillos, detrás el estandarte y el párroco, marcando el paso al ritmo de su capa pluvial, cuyo ascenso para los más chicos era una prueba de resistencia y fe, pues amenazaba el párroco que si sonaba algún cencerro más antes de llegar a san Cristóbal suspendía la procesión. Su voz lanzaba al aire la letanía y nosotros, apretando los badajos con los dedos helados para que no sonaran antes de tiempo, respondíamos con un interminable *“ora pro nobis”*. Era un murmullo contenido, una tensión que se palpaba y recorría la fila de niños mientras subíamos, uno tras otro, hacia San Cristóbal, sabiendo que aquel día llegaríamos todos tarde a la escuela.

Al llegar a lo alto, en mitad de las eras, el mundo se detenía, el cura extendía el hisopo y bendecía los campos que se extendían como una manta de esperanza bajo el cielo de La Mancha y el telón de fondo de la sierra de Alcaraz, pero nuestros ojos no estaban en la bendición, sino en el rollo de San Cristóbal; allí nos esperaba Misael, el fotógrafo,

con su cámara dispuesta a detener el tiempo, donde todos nos amontonábamos sobre las dovelas de piedra para salir en la foto, orgullosos y arrogantes, exponiendo al objetivo nuestros obtusos instrumentos: cencerros abollados, campanillas de bronce y collares de cascabeles, que pesaban más que nuestra propia voluntad.

—“¡Ya!”—, parecía decir el silencio tras el último Amén.

Y entonces, el estallido y la contención sostenida se rompía. Salíamos corriendo cuesta abajo, una marea de ruido ensordecedor que hacía vibrar las ventanas, alarmaba a perros y despertaba a abuelos de avanzada edad. El sonido de los cascabeles era nuestro grito de guerra contra la escarcha, que corriendo por las calles a golpe de campanillas era como sentir que el invierno retrocedía con cada salto, a cada golpe de badajo estallado contra el latón.

Esa mañana el reloj de la escuela era un objeto extraño y lejano; llegábamos tarde, eso sí, con las mejillas encendidas y el aliento hecho vapor, pero con la satisfacción del deber cumplido. Entrábamos en las aulas de san Antón o Almenas con las risas de la mocedad, con el eco del bronce aun vibrando en los oídos, sabiendo que aquel día los maestros perdonarían la demora, porque aquel día la única verdad era que la escuela podía esperar, pero San Marcos no, y las heladas no se marchaban solas si nosotros no las perseguíamos con el estrépito sonido de los cencerros.

Eran tiempos donde el cielo se leía en los surcos y no en los satélites, una época de fe ruda y necesaria, donde el destino de la cosecha no lo decidía las frías predicciones del Meteosat, cuando creíamos ciegamente que el estruendo de un cencerro bastaba para doblegar al invierno. En aquel entonces sabíamos que para que el trigo creciera hacía falta menos tecnología y mucha más fe, y quizás hoy, en este mundo que nos desafía a todos nos haga falta, más que nunca, recuperar la certeza del párvulo, la convicción de que un rito compartido siempre vale más que el sonido de las bombas.

